

Sociología de la actividad física y el deporte (INEFC, LLeida)

Profesor: Dr. Francisco Lagardera Otero

Tema I

NATURALEZA SOCIAL DEL DEPORTE

*“Un ciudadano de cualquiera de nuestros países en la actualidad se autodenomina **deportista** porque es un acérrimo aficionado, socio fiel de un club, que semanalmente ocupa su puesto en el graderío a presenciar el partido de turno. Y no se equivoca. Él es deportista, aficionado, participante en una llamativa actividad social que hoy el pueblo llama deporte. Pero este mismo ciudadano, refiriéndose a un amigo suyo escalador, le adjetiva como **gran deportista**; todos los fines de semana sube a la montaña. He ahí denominados con un mismo concepto (**deportista, deporte**) dos actividades humanas muy distintas, dos hábitos sociales dispares, con estructuras y organizaciones divergentes, como son el hecho de presenciar un espectáculo deportivo o esforzarse periódicamente subiéndose una montaña. La palabra **deporte** no es un término unívoco. Ahí radica la enorme dificultad de su estudio, el verdadero drama para cualquier aproximación científica, cultural o pedagógica al hecho del deporte.*

Existen diversas áreas de la actividad humana y de la estructura social directamente señaladas por esta palabra. Se puede lícitamente hablar de un deporte-higiene, un deporte-esparcimiento, un deporte-profesión, un deporte-rendimiento, un deporte-competición, un deporte-superación, etc.

*Todas estas entidades podrían ser enmarcadas en dos grandes direcciones que marchan por caminos distintos, demandados y condicionados por diversas realidades sociales. Por un lado, en una dirección marcha el **deporte-espectáculo**, integrado del deporte-resultado -competición, profesión-, impulsado y condicionado por poderosas demandas económicas y sociopolíticas.*

*Por otro lado, en la línea del **deporte-práctica**, se pueden situar las otras entidades deportivas tales como deporte-salud, deporte-ocio activo, deporte-esparcimiento... Esta es la línea del llamado **deporte para todos**. Es la consideración del deporte en su primitiva y sencilla realización en forma de ejercicio corporal voluntario, sometido a estructuras organizativas o anterior a ellas”. (José María Cagigal, 1979, pp. 51 y 52)*

Introducción

Al vocablo deporte se le asocia de inmediato a un determinado comportamiento humano, es decir, a todo un complejo y variado entramado de acciones, relaciones, emociones, símbolos y rituales que forman parte de la vida cotidiana contemporánea. Habitualmente se hace o se practica deporte, pero también se visiona o contempla el que hacen o practican otros, especialmente en estos tiempos en el que las telecomunicaciones están tan presentes en la vida cotidiana.

Aunque en el lenguaje coloquial el deporte parezca tener existencia propia, en realidad esto no es más que un modo de constatar su importancia, ya que no se trata de un objeto ni de un fenómeno natural. En el habla común se tiende a sustantivarlo, como ya atestiguaba J.M.Cagigal en el texto que encabeza este primer capítulo, como un modo de sentirlo familiar o próximo. Pero en estricto sentido sociológico, se trata de una práctica o costumbre, de gran diversidad en cuanto a forma e intensidad, que llevan a cabo las personas a lo largo de distintos periodos de sus vidas.

El deporte como fenómeno social contemporáneo, no es atribuible a ningún creador o inventor. Como todo proceso cultural, se ha ido configurando de una manera no planificada, de acuerdo a unas determinadas circunstancias que conformaron un contexto sociocultural que propició su origen, evolución y su definitiva expansión por todo el mundo, tal y como acontece en el momento histórico actual.

Se puede afirmar que el deporte se ha convertido en el modo de entretenimiento más universalmente conocido, pues no existe rincón del planeta en donde esta peculiar forma de pasatiempo no sea conocida, practicada o seguida por grandes masas de aficionados.

El esquí, el fútbol, el turismo de fin de semana en la playa o la montaña, las diversas prácticas efectuadas en los gimnasios, los paseos o las sesiones de footing, por citar algunas de las prácticas más usuales, se han convertido en algo cotidiano, al menos en las sociedades más desarrolladas, las denominadas como primer mundo. Por esto se ha suscitado entre muy diversas disciplinas científicas el interés por su estudio. Los economistas desean conocer su impacto económico, los expertos en derecho estudian su adecuación a la legalidad vigente o los psicólogos tratan de valorar sus efectos en el desarrollo personal y en la terapia aplicada a muchos de sus pacientes. ¿Qué no decir de la sociología, cuando nos estamos refiriendo a un fenómeno que afecta a millones y millones de personas?

Acercarse a conocer las características de la sociedad contemporánea implica necesariamente darse de bruces con la práctica deportiva como un uso social típico de la vida cotidiana. Un antropólogo venido del espacio interestelar difícilmente podría explicar a sus congéneres la singularidad de los humanos actuales sin hacer alusión con énfasis al fenómeno deportivo, un sociólogo tampoco, puesto que en su oficio se dedica precisamente a explicar los acontecimientos sociales en el marco de una dinámica histórica que parezca plausible y cierta.

1.1. Polisemia del vocablo deporte

La palabra deporte encierra en sí misma diversidad de acepciones y significados, en palabras de J.M.Cagigal (1979) no es de significado unívoco, de ahí que pueda catalogarse como polisémico. Pero para la sociología, que es en esencia una disciplina eminentemente pragmática, es este un problema de poca o nula trascendencia, puesto que entiende como tal aquel significado que en todo momento le asigne la población de modo general.

Para la mayoría de la población la significación del término deporte pertenece al terreno de lo obvio, de lo archisabido, pues se trata de algo tan usual en la vida cotidiana que no requiere explicación. Sin embargo, con el transcurrir del tiempo su significado ha ido modificándose, incluso sustancialmente, y esta evolución si que detenta un notable interés sociohistórico.

En las últimas dos décadas del siglo XX, en la medida que el fenómeno deportivo adquirió una relevante dimensión social, la polisemia del término se fue acrecentando, ya que se consolidó la tendencia a denominar como deportivos muy diversos ámbitos de la actividad humana. Actualmente se asume que Ronaldo, Sampras, Pantani o Severiano Ballesteros son deportistas, es decir, practican deporte asiduamente; pero también se entiende que hacen deporte los niños que juegan al fútbol en la playa, los miles de cicloturistas que se lanzan cada fin de semana por senderos y carreteras o las multitudes que andan y corren por jardines, caminos y veredas.

En los inicios del siglo XXI el senema deporte ha desbordado gran parte del contenido semántico al que se le asociaba tradicionalmente, el de constituir una ejercitación física que implica algún tipo de competición, y al deportista, como toda aquella persona que practica o ha practicado deporte, cualquiera que sea su ámbito o dimensión. Se constata que la invasión del término deporte en el tejido social sigue

avanzando, ya que cada vez son más las personas que, según muestran las encuestas más recientes (García Ferrando, M. 1997), dicen practicar o gustar del deporte pero no de la competición. Es decir, cada vez más hacer deporte se asocia a cualquier tipo de práctica física, sea o no ésta de carácter competitivo.

La acepción deporte sirve hoy para designar comportamientos cada vez más diferenciados. Tanto el de aquellas personas que compiten o se preparan para ello, cualquiera que sea su nivel, como la de otras muchas que se ejercitan sin competir por muy diversos motivos, para adelgazar, para mantenerse en forma o como diversión. Pero también se incluye frecuentemente a aquéllas multitudes que, sin realizar ningún tipo de práctica física, son seguidores habituales de los grandes eventos deportivos.

Después de más de dos décadas del análisis efectuado por J.M.Cagigal (1979) siguen detectándose y coexistiendo en la sociedad dos grandes tendencias deportivas, la de la práctica deportiva y la del espectáculo deportivo. Ambas siguen avanzando en su protagonismo social, pues son perfectamente compatibles al constituir distintos planos o perspectivas de una misma realidad, sin embargo, la preeminencia social de una u otra dimensión no discurren paralelamente. Hoy en día en el seno de la sociedad se están produciendo acontecimientos de gran relevancia que están modificando las tendencias sociales, lo que en el caso de la práctica deportiva cotidiana se puede constatar que resulta cada vez menos competitiva para mayor número de practicantes.

Lejos de constituir un fenómeno natural, como antaño sostuvieron algunos estudiosos, el deporte evoluciona con la sociedad pues se trata de un fenómeno social y por lo tanto vivo y cambiante, asociado a la vida de sus coetáneos, cualquiera que sea su tiempo histórico. Es por esto que el itinerario histórico del vocablo deporte resulta bien ilustrativo del proceso que ha seguido el fenómeno que nos ocupa, ya que la lengua informa del uso y atributos de las palabras que sirven para designar conceptos, hechos y

cosas.

La palabra deporte tiene sus raíces, como comprobó Menéndez Pidal (M.Piernavieja, 1966), en la lengua provenzal y apareció por primera vez como **deport** en un poema de Guillermo de Poitiers, 1071-1127, séptimo conde de su nombre y noveno duque de Aquitania, autor de las más antiguas composiciones trovadorescas conservadas. También J.Ulmann (1982) citando al lingüista francés Georges Petiot, señala la existencia del término occitano, bajo la forma del antiguo francés **desport**, al final del siglo XII, en un romance normando.

Tanto Petiot como Menéndez Pidal atribuyeron al término el significado de “*todo tipo de diversión*”. En el poema del Mio Cid, en el de Santa María Egipcíaca o en las Cántigas de Alfonso X el Sabio, entre otras muchas obras del antiguo castellano, aparece la acepción **depuerto** y el verbo **deportar**, por influencia de la trovadoresca provenzal (Piernavieja, M., 1966). En todos los casos la acepción hace referencia expresa a todo tipo de diversión, sea ésta eminentemente lúdica y festiva, competitiva e incluso sexual.

Así, comprobamos como el **deportare** de origen occitano pasó al antiguo castellano como verbo **deportar**, y sustantivado como **depuerto**, en su amplia acepción de divertimento de toda clase; también se incorporó al catalán como **deport** y al idioma francés como **desport**, y desde allí, según las crónicas normandas, esta última acepción viajó a las islas Británicas con las invasiones normandas de los siglos XIII y XIV. Allí también se le asoció en principio a un variado número de pasatiempos a los que nombraron primero como **disport** y más tarde **sportess** (N.Elias y E.Dunning, 1992), pero a partir del XVI pasó a designar casi exclusivamente a los juegos y competiciones típicos del mundo rural anglosajón, que consistían en ejercitaciones rudas y violentas que en la medida que fueron refinándose y sometándose a pautas regladas, por

influencia de los jóvenes caballeros nobles y burgueses, se le fue conociendo como *sport* de modo casi general a lo largo del siglo XVIII en Inglaterra.

Durante su expansión a lo largo del siglo XIX, se adoptó la denominación inglesa, pero en España por influencia de algunos intelectuales, especialmente del dramaturgo José Echegaray y la escritora Emilia Pardo Bazán, se recuperó la antigua terminología castellana pero asimilándole el contenido de la moderna acepción anglosajona de *sport* que acababa de importarse, es decir, la de competiciones y juegos sometidos a reglas.

Antonio Fernández García (1971) sitúa la aparición contemporánea del vocablo deporte en España con la misma significación que el término anglosajón sport en 1894, en un artículo aparecido en la *Ilustración Artística* de Madrid. Un año más tarde, en enero de 1895, apareció en Madrid un semanario con la cabecera *El Deporte Velocipédico*, haciendo clara alusión en su primera editorial a la utilización premeditada del vocablo deporte en su acepción contemporánea, y dos años más tarde, apareció en Barcelona el semanario *Los Deportes* con idéntica finalidad.

En el siglo XIX el sport inglés designaba a un tipo muy específico de entretenimiento, aquella competición que exige una ejercitación física y que está sometida a un sistema de reglas, y como tal fue exportado a Europa y posteriormente al resto del mundo, habiéndose consolidado esta acepción a lo largo de todo el siglo XX. Sin embargo, entre 1970 y 1975 comenzó a producirse un progresivo proceso de diversificación semántica, el cual actualmente sigue vivo y continua acrecentándose, aún más si cabe.

Resulta ciertamente curioso que en los comienzos del siglo XXI, precisamente cuando el fenómeno deportivo parece estar más consolidado en el mundo, pues ha penetrado en prácticamente todo el tejido social, es cuando la acepción moderna del término deporte, que ha prevalecido y se ha impuesto a lo largo de los siglos XIX y XX,

se torna de nuevo amplia y difusa, mucho más genérica y flexible, como tratando de recuperar la estela de sus primeras raíces provenzales, de aquél casi milenario y divertido *deportare*.

Figura 1.1

1.2. Deporte antiguo versus deporte moderno, una polémica en extinción

Hasta 1980 existía una extendida tradición entre muchos estudiosos del deporte, que consistía en dar por sabido que el deporte era un pasatiempo o también un ritual sagrado que se había dado en prácticamente todas las civilizaciones importantes de la historia de la humanidad. De tal forma que su desarrollo ha respondido a las diferencias sociales que en cada colectividad concreta han acogido al deporte en el decurso de la historia. Esta ha sido una consideración tan exagerada como errónea puesto que elevaba al deporte a categoría de constante histórica.

Tal posicionamiento consideraba el deporte como si se tratara de un hecho natural en vez de un fenómeno social y por tanto sometido a un proceso constante y vivo de evolución. Y aunque actualmente pocos o casi nadie mantiene esta tesis carente de rigor histórico, dado que la última publicación en castellano de algún autor de los que mantenían esta tesis data de 1988, con la traducción de la obra de B.Jeu, *Análisis del deporte*; y aún tratándose más de una controversia erudita que de un conocimiento contrastado, y sobre todo sin ningún interés a nivel popular, mantiene su interés porque, paradójicamente, es en algunas instituciones específicamente deportivas, en donde actualmente aún se dan algunos de estos posicionamientos ya sobrepasados por las teorías científicas hoy vigentes.

N.Elias (1992) afirmaba que: *“pocas sociedades humanas, por no decir ninguna, existen sin un equivalente de nuestras actividades recreativas, sin danzas, simulacros de combate, números acrobáticos o musicales, invocaciones ceremoniales de los espíritus; en resumen, sin instituciones sociales que, por así decirlo, proporcionan alivio emocional contrarrestando las tensiones y los esfuerzos de la vida ordinaria con sus serias luchas, peligros, riesgos y coacciones”*. Pero esta circunstancia histórica debe ser asociada, comprendida y explicada en el mismo contexto en el que se origina cada

sociedad histórica en su singularidad, y en especial, en la muy diferente función social que llegan a desempeñar éstas instituciones en sociedades separadas por cientos y miles de años en su devenir histórico.

El juego de pelota mesoamericano se institucionalizó en la sociedad maya como un culto ritual, un ceremonial mágico-religioso adscrito a la casta sacerdotal; en la sociedad esclavista helena las competiciones atléticas se institucionalizaron como espectaculares dramatizaciones bélicas que aglutinaban a todo un espíritu de identidad tribal disperso por la peculiar organización de las ciudades Estado. La institucionalización deportiva en la Inglaterra victoriana constituyó un proceso laico, de la sociedad civil, que creó sus propias instituciones, originales socialmente, como fueron los clubes deportivos y las federaciones.

Los autores que han sustentado que el deporte se ha ido configurando desde tiempos inmemoriales en las distintas colectividades humanas, establecen claros nexos de continuidad entre lo que denominan deporte clásico o antiguo y el deporte contemporáneo. Para ello se valen de la interpretación de textos y acontecimientos históricos, los cuales atestiguan a sus ojos, que el deporte ha existido prácticamente en todas las sociedades humanas.

Estos autores caen con frecuencia en el error, como acertadamente señalaba N.Elías (1986), de diluir en el marasmo de la historia un término que ha surgido asociado a determinadas circunstancias históricas. Con el término deporte ocurre algo semejante al uso indiscriminado del concepto industria. Se utiliza para designar la industria de las lascas en el paleolítico o las manufacturas de la edad de los metales, a sabiendas de que la acepción remite a un determinado modo de producir las mercancías en una factoría, y que este proceso comenzó a darse durante el siglo XVIII. Se trata de estudiar los vestigios del pasado con herramientas de nuestro tiempo, lo cual supone una

clara descontextualización histórica.

No sólo los valores o los estilos de vida son diferentes, sino que la disposición de los grupos sociales en la organización de la sociedad son bien distintos. En una sociedad esclavista como la griega, el meteco, comerciante extranjero, no era considerado ciudadano ateniense y por lo tanto no podía participar en los juegos sagrados reservados a los ciudadanos de las diferentes polis. En la sociedad contemporánea, donde el espíritu del cambio mercantil y de la ganancia casi se han sacralizado, es innegable el rol protagonista de lo que se denominó la ética burguesa, es decir, los valores morales, sociales y económicos asociados a esta clase social emergente (M.Weber, 1985), en todas las esferas sociales, y el deporte no podía ser menos.

Ejemplos de autores que consideran al deporte como un hecho histórico natural tenemos muchísimos, pero quizás sea el alemán de K.Diem el de mayor significación, quién afirmaba que: *“el deporte pertenece al dominio del juego, pero como juego es de una índole especial: libremente adoptado, pleno de valor, tomado en serio, exactamente regulado, y ante todo buscando un rendimiento. Su posición es intermedia entre los juegos y la seriedad de la vida. Su origen inmediato es también el impulso animal del movimiento; ¿cómo, si no, hallaríamos juegos deportivos en todas las épocas que examinemos al hombre a la luz de la historia?”* (1966).

Incluso el eminente y erudito intelectual español J.M^a. Cagigal, podría englobarse entre los autores de esta tendencia: *“Aunque la palabra deporte (término evolucionado del latín que se encuentra en la forma castellana deporte y en la inglesa universalizada sport) nace en la edad Media, las prácticas populares, conductas grupales e instituciones que hoy entendemos por deportivas, nacieron mucho antes”* (1981), así como el mencionado autor francés B.Jeu (1988): *“La institución deportiva en la Antigüedad, además de ofrecernos tantas lecciones gracias a la analogía de las*

situaciones, presenta también para nosotros la ventaja de constituir a posteriori una especie de laboratorio, puesto que implica un inicio, un desarrollo y un final, en el que podemos intentar discernir las leyes que rigen la evolución de un ciclo actualmente cerrado. Podemos identificar en ella por lo menos tres grandes períodos; en primer lugar el período anticipador, el del deporte homérico; a continuación, el de la constitución progresiva de las estructuras deportivas y, por último, uno mucho más largo, en el que se expresan varias ideologías del deporte de estado”.

Este tipo de explicaciones del deporte como fenómeno histórico universal tienen una clara orientación idealista, puesto que no se ha llegado a estas afirmaciones como fruto de un pormenorizado estudio de los diferentes tipos de sociedad y de la organización, estructura y función que el deporte ha jugado en cada una de ellas. Muy al contrario, estos autores han centrado su atención en las manifestaciones formales (una carrera, un juego, una determinada competición...) y no en la función y significación que han tenido estos comportamientos en cada sociedad.

Las manifestaciones precedentes al deporte contemporáneo que emerge en el siglo XVIII, y que pueden denominarse en estricto sentido como predeportivas, configuran una compleja diversidad de juegos, competiciones y rituales mágico religiosos, que hasta el advenimiento de la regulación deportiva contemporánea mantuvieron, en términos generales, los siguientes rasgos:

1) Estas prácticas se inscriben en la mitología de dioses, semidioses y héroes. Con frecuencia su celebración tiene significación cultural, es decir, forman parte de un rito de carácter simbólico y religioso.

2) En general se trata de prácticas intemporales, pues lo trascendente es la victoria sobre el adversario o el rito simbólico-mágico. No existe control del tiempo y el espacio está muy poco definido.

3) Los combates y competiciones se podían realizar en condiciones de manifiesta desigualdad, pues el número de los competidores de cada bando podía ser distinto, la condición física o la edad de los combatientes podía diferir de modo exagerado o incluso era habitual o bien visto utilizar el ardid o la trampa para vencer al adversario.

4) En gran parte de las sociedades preindustriales en donde se desarrollaron juegos competitivos, éstos se institucionalizaron, es decir que, en estricto sentido antropológico, fueron pasando de generación en generación, de modo no escrito o consuetudinario en la mayoría de las ocasiones. Representaban modelos de comportamiento circunscritos a una determinada sociedad o grupo en concreto, y por ello no eran exportables a sistemas sociales diferentes.

5) Antes de la regulación deportiva a finales del siglo XVIII, las competiciones individuales y colectivas se llevaban a cabo con una gran carga de violencia. Incluso con cierta frecuencia podía comportar la muerte o mutilación de los contendientes.

Sin embargo, el deporte como fenómeno social contemporáneo, desde sus orígenes en el siglo XVIII hasta su consolidación a finales del siglo XIX, supuso una constante y sistemática regulación de los brutales pasatiempos, juegos y competiciones existentes en la sociedad anglosajona de entonces, y se fue instaurando en aquella sociedad de acuerdo a los siguientes rasgos:

a) Se trataba de una práctica eminentemente laica, dado que se consolidó como una práctica social al margen de cualquier credo religioso.

b) Los encuentros deportivos se sistematizaron de tal forma que se organizaron y distribuyeron perfectamente en el tiempo. Existía un comienzo y un final y el reloj comenzó a detentar un gran protagonismo, hasta tal punto que se creó la noción de *récord*, por lo que el enfrentamiento ya no se producía únicamente entre adversarios ubicados en el mismo espacio y tiempo, sino que entró a formar parte de la competición

un adversario abstracto: el tiempo. La utilización del cronómetro se convirtió en uno de los aspectos más característicos del deporte contemporáneo, dada la necesidad estructural de medir y controlar los registros, marcas y resultados (J.M.Brohm, 1982).

c) Se reguló el uso de la violencia en diferentes niveles o grados, según el tipo de enfrentamiento y de especialidad deportiva. La reglamentación de la violencia implicó un salto cualitativo decisivo en el proceso de la civilización y una de las aportaciones más originales y trascendentes del deporte a las sociedades contemporáneas (N.Elias, 1986).

d) El deporte no solo se institucionalizó, al igual que los juegos competitivos en las sociedades preindustriales, en la acepción más antropológica del término, sino que creó sus propias instituciones, relativamente autónomas respecto del resto de instituciones sociales. La configuración del sistema deportivo contemporáneo emergió a través de la creación de las primeras sociedades y clubes deportivos, y posteriormente, con la formación de las distintas federaciones deportivas, que abarcan muy distintos ámbitos territoriales, constituyó una institución genuinamente deportiva.

e) La reglamentación de la competición deportiva tiene carácter universal, es decir, que todos los participantes, en cualquier lugar del planeta, deben ajustarse a las mismas reglas. La noción de igualdad en el desarrollo de la competición deportiva es un factor estructural de primer orden. Por el respeto a este principio regulador se establecen innumerable cantidad de categorías, clasificaciones, pesos, medidas y condiciones, así como las instituciones que deben velar por su estricto cumplimiento en todo el mundo.

Estas diferencias con ser importantes, no resultan suficientes para constatar la estricta adscripción contemporánea del deporte. Sin embargo, una perspectiva histórica de larga duración, o también denominada genealógica, puede resultar de gran ayuda para comprender con mayor claridad la pertenencia del deporte al proceso de advenimiento

del mundo moderno. En este sentido, como acertadamente señaló N.Elias (1992), el primer problema sociológico a resolver consiste en poder dilucidar cómo el deporte surgió del mismo proceso en que se gestó la sociedad contemporánea, lo que se ha denominado la modernidad.

No obstante, la antigua controversia de considerar o no al deporte como un fenómeno histórico natural, queda ya como una referencia anecdótica, ya que hoy difícilmente puede concebirse al deporte como un fenómeno al margen del complicado rompecabezas cultural, económico y social que originó la emergencia de los tiempos modernos, y que hiende sus raíces en el Renacimiento europeo, se expresó culturalmente en la Ilustración y se impuso socialmente de modo definitivo después de las revoluciones y reformas burguesas.

<u>Luchas y competiciones predeportivas:</u> antes del S.XIX	<u>Deporte moderno:</u> S.XIX y XX
1. Son prácticas mitológicas y forman parte de rituales.	1. Praxis eminentemente laica
2. Lo decisivo es la victoria, cueste lo que cueste, o el rito simbólico mágico. Son por tanto intemporales.	2. Actividad organizada, estructurada y sistematizada con y en el tiempo. Se crea la noción de <u>record</u> , que posibilita el enfrentamiento abstracto: contra el tiempo.
3. Combates y juegos agonísticos se libran en condiciones de desigualdad.	3. La noción de <u>igualdad</u> en el desarrollo de la competición deportiva es un rasgo estructural del deporte contemporáneo.
4. Su institucionalización se produce en el marco de grupos específicos (villa, región, estado) y no son exportables a otros contextos sociales.	4. La reglamentación de la competición crea sus propias instituciones (clubes y federaciones) y su código es aplicado de manera uniforme en todo el mundo.
5. Luchas y competiciones manifestaban una brutal carga violenta, ocasionando con frecuencia mutilaciones y muerte.	5. Se regula de forma estricta el uso de la violencia en los enfrenamientos: significando este proceso uno de los hitos más significativos de la historia.

1.3. El origen del deporte como problema sociológico

Si se desea abordar el conocimiento de un fenómeno social cualquiera, lo primero que debemos saber con claridad meridiana es a qué nos estamos refiriendo, es decir, se tendrá que explicar con precisión el problema sociológico que se pretende abordar o resolver. Desde esta perspectiva, determinar con claridad los orígenes del deporte constituye para la sociología un primer y relevante problema.

Una vez sabido a qué hecho social nos estamos refiriendo, en este caso el deporte, será factible seguir su rastro social, dictaminar su proceso evolutivo, sus diferencias y ramificaciones, hasta llegar al estado actual de la cuestión. Como hecho protagonizado por personas, el deporte está sujeto al mismo dinamismo de cambio social que afecta a las agrupaciones humanas en su conjunto, y a las diferencias y singularidades de unas sociedades respecto de otras.

El deporte como fenómeno histórico puede datarse, se puede establecer su cronología, en este sentido, hoy se dispone de indicios y testimonios históricos suficientemente contrastados que pueden explicar sus orígenes. Esta constatación cierra la polémica que se abrió durante años en torno a las características de este fenómeno social contemporáneo. En esta dirección se puede hacer un breve repunte histórico para mostrar con mayor claridad el contexto de éstos orígenes.

La Baja Edad Media comenzó a ofrecer un sugestivo cuadro de nuevas costumbres entre la minoría social hegemónica por aquel tiempo. Mediatizados por el floreciente empuje de banqueros, mercaderes y usureros los nobles fueron cediendo progresivamente competencias directas sobre sus siervos, a quienes esquilaban a impuestos para sufragar los gastos que suponía disponer de un buen ejército, pues la

guerra era cada vez más cara y tecnológicamente sofisticada.

Los monarcas aprovecharon la presión monetarista de los nuevos tiempos para acoger en su Corte a la nobleza de más raigambre y solera. Mientras se desarrollaba y crecía la sociedad cortesana de los siglos XIV y XV, los poderes de la nobleza se fueron debilitando. Los reyes aumentaban su poder y competencias sobre sus señores feudales pero, al mismo tiempo, caían en manos de banqueros y prestamistas, quienes solícitos prestaban su dinero para la formación de grandes ejércitos a cambio de privilegios y el cobro de impuestos.

Si en el continente europeo el refinamiento de la Corte fue paralelo al aumento del poder mercantil y burgués, lo que se tradujo en un retraimiento de la violencia cotidiana entre los nobles, pero que curiosamente desencadenó grandes guerras entre Estados emergentes que perduraron durante muchos años (N.Elias, 1987); en Inglaterra este proceso condujo a cruentas y constantes guerras entre las diversas familias nobles, lo que debilitó a la nobleza y provocó que la consolidación del poder burgués fuera mucho más acelerada que en el continente.

El refinamiento cortesano había dado lugar a un grado de civilidad inusual entre la estirpe noble, pero este mismo proceso les alejaba cada vez más de la vida cotidiana de las clases populares, que seguían con sus festividades grotescas, promiscuas y brutales; cotidianeidad que conocían perfectamente los burgueses (porque también pertenecían al pueblo llano) y que transformaron de manera radical una vez materializaron su poder económico en dominio social y político.

El hecho histórico que materializó la aparición del deporte, la elaboración consensuada de las normas del rugby y más tarde del fútbol, y la organización de las

primeras competiciones de acuerdo a un reglamento común, significó en el marco del desarrollo de la modernidad, que esta nueva forma de llevar a cabo los entretenimientos físicos de carácter competitivo ejerció un destacado papel como agente transformador de los usos sociales premodernos, primero entre las elites dirigentes (hijos de nobles y burgueses), pero posteriormente a nivel popular.

En primera instancia porque civilizó los brutales y violentos enfrentamientos usuales en no pocos de los pasatiempos premodernos, especialmente los que se llevaban a cabo en el ámbito agrario inglés; pero una vez reglamentados los juegos y competiciones premodernos, se creó una estructura institucional típicamente moderna: los clubes y las federaciones deportivas, que funcionaron a imagen y semejanza de las instituciones sociales y políticas modernas.

Primero fueron los hijos de los burgueses enriquecidos y afincados en el campo, la *gentry*, quienes fueron refinando sus costumbres convirtiéndose en auténticos *gentlemen*. Pero posteriormente, en la medida que la sociedad de entonces se fue modernizando y el nuevo pasatiempo deportivo alcanzando mayor resonancia social, este efecto enculturizador, en el sentido de divulgar las nuevas prácticas y los valores sociales y culturales a ellas asociados, también alcanzó a las masas populares de modo muy eficiente.

El deporte ha jugado pues, un papel civilizador de grandes consecuencias sociales, políticas y económicas. Pues gracias a su benévolo atractivo como divertido entretenimiento ha sido capaz de divulgar sus valores, usos y costumbres entre grandes masas de población, lo que también ha supuesto en no pocos casos, un proceso uniformador y disolvente de peculiaridades lúdicas y festivas.

1.4. El deporte en los procesos de la civilización contemporánea

Se puede afirmar que el deporte constituye un tipo de pasatiempo que emerge en la sociedad como fruto de la modernidad. En este sentido, manifiesta una clara filiación y dependencia del mismo proceso que condujo a la sociedad anglosajona primero y a la europea posteriormente, al desarrollo del libre comercio, a la capitalización del campo, a la revolución industrial, a una estructura política democrático-parlamentaria y al uso monopolístico de la violencia por parte del Estado.

La igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, el sometimiento estricto de todos a las reglas del derecho, la sacralización del trabajo como generador de la riqueza de las naciones e incluso de la santificación en el más allá o la fe ciega en el progreso del hombre, significaron un cambio de moral drástico en el horizonte de la vieja Europa. En este contexto histórico se pueden situar los orígenes del deporte. Un modo muy civilizado de convertir los viejos y brutales juegos y competiciones agropecuarias en la ejercitación física predilecta de los jóvenes *gentlemen*, los hijos de la rica burguesía inglesa que había capitalizado el mundo rural inglés, la *gentry*.

Con el desarrollo capitalista cobraron fuerza las ideas ilustradas, el dominio de la razón y el desarrollo científico. Otros países europeos se adentraron poco a poco en el proceso de la modernidad, dado que iba cobrando fuerza la idea de que había que transformarse para progresar y no perder el tren de la riqueza y el poder.

Norbert Elias (1987) fue el autor de toda una teoría sociológica capaz de explicar de forma clara y con altas dosis de certidumbre, el advenimiento de la sociedad contemporánea. Su concepción del proceso de la civilización tiene como punto de inflexión el análisis de la singular obra de Erasmo de Rotterdam *De civilitate morum*

puerilium. A partir de la cual, y junto a una rica contrastación empírica deduce que, a partir del siglo XV se dan en la sociedad feudal europea una compleja red de relaciones e interdependencias, auspiciadas por la paulatina degradación del régimen feudal sometido a cruentas y violentas luchas entre los señores-guerreros frente a la pujante presión económica y social de banqueros, comerciantes y artesanos, los cuales constituyeron el núcleo social fundamental en las ciudades, los denominados burgueses.

El cambio de comportamiento social que se pudo observar en la aristocracia europea a partir del siglo XVI, fue una respuesta no planificada del sector hegemónico de aquella sociedad ante el poder y la pujanza burguesas. Como consecuencia de esto se llevó a cabo un lento y complejo proceso de transformación que hizo emerger a la refinada y civilizada sociedad cortesana. *“Esta clase alta cortesana se forma en un denso entramado de interdependencias. Es una clase que, en cierto modo, vive entre la tenaza del señor feudal de la Corte, de cuyo favor depende, y de los grupos superiores burgueses, económicamente acomodados, que aspiran a ascender y que tratan de arrebatarle la preeminencia”* (N.Elias, 1987: p.507).

Elegir una obra de Erasmo como referencia explícita y documental de este importante viraje social en la historia europea no es ninguna casualidad. Erasmo de Rotterdam fue el primer gran humanista surgido del movimiento intelectual, artístico y político que supuso el Renacimiento en los Países Bajos e Italia, y que irradió posteriormente por toda Europa. Su obra tuvo un importante impacto entre los sectores sociales que tuvieron acceso a ella (nobleza, clero y burguesía), incluso en el seno de la Iglesia Católica se desató una gran controversia entre proerasmistas y contrarios a sus tesis teológicas y doctrinales, que prepararon el terreno para la inminente reforma eclesiástica de la mano de Lutero. La obra y la vida de Erasmo fue una muestra evidente de que muchas e importantes transformaciones habían comenzado a suceder en la

sociedad europea del XVI.

La compleja red de interdependencias a que fue sometida la sociedad cortesana, resultó a la postre clave para el advenimiento del Estado moderno, y en este proceso, la civilización de los cruentos pasatiempos medievales condujo a que en la sociedad inglesa emergiera el deporte contemporáneo: *“El nacimiento del gobierno parlamentario, parte del proceso de formación del Estado en Inglaterra, y sobre todo, el desequilibrio en la balanza de poder entre el rey y las clases altas con grandes extensiones de tierra, desempeñó un papel activo y no sólo pasivo en el desarrollo de la sociedad inglesa. Si preguntamos por qué los pasatiempos se convirtieron en deportes en Inglaterra, no podemos dejar de decir que el desarrollo del gobierno parlamentario y por tanto de una aristocracia y una gentry más o menos independientes, desempeñó un papel decisivo en el desarrollo del deporte”* (N.Elias, 1992, p. 48).

La predominancia cada vez más general del espíritu burgués entre los resortes del poder económico, político y social en Inglaterra y los Países Bajos primero, y más tarde en el resto de Europa, hizo posible que los habituales usos sociales violentos fueran transformándose en tipos de relaciones cada vez menos violentas, ya que paulatinamente fueron sustituyendo la violencia por el consenso, el pacto o el gobierno de la ley. *“La observación central sobre la cual se basa la teoría de los procesos de la civilización es el hecho de que, en las sociedades de Europa occidental, entre la edad media y los tiempos modernos, se observa un refinamiento de los comportamientos y un aumento de la presión social a partir de la cual la gente manifiesta cada vez un mayor autocontrol de sus propios sentimientos y conducta. Como parte de este proceso no planificado, se produce un cambio en el equilibrio entre las pulsiones internas y externas, a favor de las primeras, y a nivel de personalidad, un aumento de la importancia de la conciencia o super ego como elemento regulador de la conducta.... Otro aspecto fundamental del*

proceso civilizador europeo, especialmente para el desarrollo del deporte moderno, ha consistido en hacer más severa la normativa que regula la violencia y la agresión, junto con una disminución de la propensión de la gente a obtener placer mediante la participación directa y/o a ser testigo de los actos violentos... Se trata en suma, de que el impulso de las ganas de atacar va desapareciendo paulatinamente, es decir, una disminución del deseo y de la capacidad de la gente por obtener placer en atacar a los otros” (E.Dunning, 1990).

Lo que muestra la teoría de los procesos de la civilización es que junto al refinamiento de las formas de vestir, comportamiento en la mesa, actitud corporal, ademanes o expresión del gesto, que se produce con la instauración de la Corte, se va instalando también un nuevo código moral entre los caballeros cortesanos, entre otras cosas porque su antaño aguerrido valor guerrero fue perdiendo interés social, ya no era necesario para el nuevo equilibrio social demandado por la burguesía, por lo que fue instaurándose entre ellos un paulatino control de la violencia en sus relaciones sociales.

El umbral de repugnancia hacia los actos violentos y sangrientos, como manifestaciones directas de las relaciones sociales, fue disminuyendo ostensiblemente desde la edad media a los tiempos modernos.

Se trata de una perspectiva de más largo alcance, que comenzó a gestarse en el lento y costoso desarrollo de los mercados en los burgos adosados al amurallado recinto del castillo o en el ulterior desarrollo de las ciudades medievales como bastiones de la libertad, que fueron lentamente minando el poder de la servidumbre feudal.

Un complejo proceso dialéctico (intereses antagónicos de clase) se desató en la sociedad cortesana, que condujo a un cambio de las pautas de conducta de las elites cortesanas, del que la obra de Erasmo es una muestra documental ilustrativa. Una vez civilizadas las elites en el nuevo orden moral y cívico e imponiéndose con mayor fuerza

en la sociedad los intereses económicos, las nuevas pautas fueron pasando lenta pero inexorablemente al resto de la sociedad.

Paulatinamente a esta disminución de la violencia en las relaciones sociales se fue consolidando un nuevo orden social. El Estado parlamentario sancionó su derecho al ejercicio monopolístico de la violencia, privando el uso particular de los instrumentos de violencia, con el fin de proveer a los Estados de la necesaria paz para asegurar la acumulación de riqueza y su progreso. Un ejército estable, la instauración de la policía o el establecimiento del poder judicial son muestra del uso monopolístico del poder coercitivo por parte del Estado. En este contexto sociohistórico surgió el deporte, precisamente como acomodación de los violentos *sports* populares ingleses al nuevo ordenamiento jurídico, político y moral (E.Dunning, y K.Sheard, 1979).

Lejos de constituir una casualidad histórica, la teoría de los procesos de la civilización pone al descubierto que el deporte ha significado una trama importante en la extensa madeja de interrelaciones que confluyeron en el desarrollo civilizatorio europeo y que forma parte del nuevo orden moral, político y social que se estaba gestando, colaborando firmemente en la consolidación de la modernidad: *“la deportivización fue como un empuje civilizador comparable por su dirección global a la cortesización de los guerreros, proceso en el que las opresivas reglas de la etiqueta desempeñaron un papel significativo... Es posible pensar que las sociedades europeas, desde el siglo XV en adelante para hablar de una manera general, sufrieran una transformación que imponía a sus miembros una reglamentación cada vez mayor de su conducta y sus sentimientos”* (N.Elias, 1992: p.63).

En este proceso de autoacción interna (psicogénesis), estimulado por la presión social tendente a normativizar unas relaciones sociales exentas de violencia

(sociogénesis), el deporte ha tenido y sigue teniendo un papel de indudable relevancia social: *“uno de los problemas fundamentales a que se enfrentan las sociedades en el curso de un proceso civilizador era, y sigue siendo, el de encontrar un nuevo equilibrio entre placer y restricción. El progresivo reforzamiento de los controles reguladores sobre las conductas de las personas y la correspondiente formación de la conciencia, la interiorización de las normas que regulan más detalladamente todas las esferas de la vida, garantizaba a las personas mayor seguridad y estabilidad en sus relaciones recíprocas, pero también entrañaba una pérdida de las satisfacciones agradables asociadas con formas de conducta más sencillas y espontáneas. El deporte fue una de las soluciones a este problema”* (N.Elias, 1992: p.53).

Podemos concluir que el deporte ha jugado a lo largo de su proceso histórico un decisivo papel como agente regulador de la violencia social, de tal suerte que su significación social viene determinada fundamentalmente por constituir una cultura, la cultura deportiva, masiva y popular, de fácil comprensión; por lo que se ha instaurado con fuerza en la vida cotidiana de la sociedad contemporánea. Aquello que difícilmente pudieron divulgar en la sociedad políticos y constituciones, lo ha logrado difundir masivamente el deporte. Es este uno de sus grandes logros.

1.5. La sociedad deportivizada

El impulso fagocitador del deporte para transformar costumbres sociales y ejercitaciones físicas tradicionales ha resultado tan potente, que puede afirmarse que ha ido deportivizando multitud de juegos tradicionales, de ejercitaciones diversas, de costumbres cotidianas, de gustos estéticos, de hábitos y de un enorme catálogo de usos sociales que han penetrado con inusitada facilidad en el tejido social de los cinco continentes. Es por esto que se puede calificar a las sociedades opulentas de nuestros días como deportivizadas.

Actualmente no podemos evitar tropezarnos con el comportamiento deportivo, en cualquiera de sus múltiples y diversificadas expresiones, nos guste o no, seamos o no practicantes de alguna modalidad deportiva, mostremos o no algún tipo de interés por el espectáculo deportivo, este fenómeno está presente en nuestra realidad cotidiana. ¿Quién en el mundo de hoy no conoce a Ronaldo? ¿Qué ciudadano de la Unión Europea no ha utilizado o utiliza alguna vez zapatillas deportivas, chandal o calzones cortos? ¿Quién no ha visualizado en directo o por televisión algún tipo de espectáculo deportivo? ¿Quién no tiene entre sus parientes o amigos algún practicante o aficionado deportivo? Incluso los más recalcitrantes opositores al deporte no pueden eludir esta realidad social tan presente en nuestras vidas.

¿Pero qué tipo de ejercitación física supone el deporte? La lógica del deporte consiste básicamente en la reglamentación escrupulosa de los enfrentamientos o competiciones entre atletas o equipos. Se trata de una lógica competitiva con estructura de duelo (Lagardera, F. y Lavega, P. (2003). Al menos esta es la lógica del deporte que se gestó en la Inglaterra del XVIII y se difundió por todo el planeta.

La lógica del deporte se nutre del mismo caldo en donde se coció la lógica del modo de producción capitalista, con las leyes del mercado o con la del sistema de representación parlamentaria. A partir de esta lógica se pueden deducir valores tales como el de la igualdad, la libre competencia, la justicia, el progreso, el trabajo o la moral del triunfo y de la salud. Todo ello en perfecta armonía con el espíritu de la modernidad que se iluminó con la Ilustración.

El fenómeno deportivo configura todo un complejo entramado de actitudes, hábitos y gustos que se hayan perfectamente insertados en la cultura dominante, con la gran ventaja de su fácil penetración en el tejido social merced a una mediación comunicativa accesible a las grandes masas.

La lenta pero definitiva incorporación del comportamiento deportivo en la vida cotidiana de millones de seres humanos, ha posibilitado al mismo tiempo la consolidación hegemónica del modo de obrar y de pensar típico del Norte occidental y desarrollado, sobre el resto de los territorios del mundo.

Si en la primera etapa de su expansión durante el XIX, el deporte colaboró como ningún otro fenómeno social a la sensible disminución de la violencia social, manifestada de modo exacerbado en los pasatiempos y antagonismos lúdicos; en su segunda fase expansiva, después de la segunda guerra mundial, ha conseguido imponerse como pasatiempo preferido desplazando a juegos y tradiciones sumamente variados y multiétnicos, que ahora mismo están seriamente amenazados de extinción, desde esta otra perspectiva, los efectos aculturizadores del deporte manifiestan un poder devastador sin parangón.

Es en este sentido de popularidad y fijación social de sus trazos culturales que

adquiere sentido la acepción de sociedad deportivizada. Tanto la práctica deportiva como el seguimiento del espectáculo deportivo está alcanzando tan masiva dimensión, que su influencia, tanto por contagio como por mimesis, se hace patente en todos los ámbitos de la vida social, sea en los negocios, en la educación, en la familia o en el trabajo, a través de expresiones, conversaciones, modelos de comportamiento, manera de vestir o justificación de muy diversos hechos sociales.

El deporte es hoy un comportamiento social que destila beneplácito, positividad y salud. De tal modo que todo lo que se asemeje a su dimensión moral y características adquiere rápidamente una aureola que lo hace muy atractivo, de ahí que las personas con gran proyección social (políticos, artistas, grandes ejecutivos...) manifiesten tendencias y gustos deportivos en sus comportamientos, del mismo modo que muchos grandes deportistas, se convierten por ello en personalidades de gran relevancia social.

1.6. El deporte como fenómeno social complejo

Una de las características sociales más destacadas de esta fase evolucionada de la modernidad (para otros modernidad radicalizada, tardía e incluso postmodernidad) es sin duda alguna la enorme velocidad con que se producen los cambios sociales, económicos y tecnológicos. A este vértigo de final de siglo y de milenio tampoco escapa el deporte.

Los datos sociológicos más recientes de que disponemos señalan una clara tendencia hacia la diversificación de las prácticas deportivas y de las ejercitaciones físicas en general (García Ferrando, M. 2001), y aunque la inmensa mayoría de la población sigue denominando a un ingente arsenal de nuevas prácticas físicas (caminar, excursionismo, biodanza, bailes de salón, tai-chi, fitness, parapente...) como deportivas, por mor de la fuerza de la cultura deportiva consolidada en nuestra sociedad, sabemos que muchas de ellas no sustentan su misma lógica, pues siendo la competición su rasgo identificador más claro, algunas de las denominadas hoy en día por gran parte de la población como deportivas, son en realidad ejercitaciones no competitivas, de hecho poco o casi nada deportivas.

La complejidad del fenómeno deportivo radica, por otra parte, en su fulgurante fuerza expansiva, que lo ha convertido en una práctica cotidiana o en un espectáculo seguido con devoción por cientos de millones de personas en todo el planeta. El deporte es un fenómeno contemporáneo general, pero a su vez, encierra en sí mismo enormes singularidades, dependiendo en gran medida de las características culturales, económicas y sociales del territorio en donde se asienta. La dimensión social que ostenta el deporte en el hemisferio Norte difiere sustancialmente de la que detenta en la mayoría

de naciones ubicadas en el hemisferio Sur. Si se estudia el deporte en la sociedad americana del Norte (Canadá o Estados Unidos) y se compara con lo que sucede en Perú, Ecuador o Bolivia, se puede advertir rápidamente que se está haciendo referencia a dos fenómenos muy diferentes, aunque la expectación social ante un gran evento deportivo de carácter mundial atraiga a millones de personas en ambos hemisferios.

Pero el reto epistemológico que señala la teoría del conocimiento en ciencias sociales, estimula la necesidad de encontrar explicaciones de alta generalidad, aunque sea a riesgo de perder la posibilidad de utilizar un voluminoso caudal de información avalada por la fuerza de los hechos. Es en este sentido que las aproximaciones sistémicas al fenómeno deportivo han tenido en los últimos años oportunidad de expresarse en diferentes publicaciones.

En estos momentos del discurrir histórico, se asiste a un devenir social aparentemente contradictorio, a saber: en el momento histórico en el que la estructura deportiva adquiere más fuerza y poder social, con la invasión en los medios de comunicación de masas del espectáculo deportivo, con el desarrollismo económico de las competiciones deportivas de máximo nivel o con la instauración definitiva de la cultura deportiva entre las masas, se comienza a producir un fenómeno paralelo de fractura, de diversificación, mediante el cual miles de personas que son afines al deporte e incluso han sido practicantes regulares, están modificando sus hábitos y escogen ejercitaciones físicas de otro orden; no tan sólo con otro envoltorio, sino con otra lógica, con otros intereses y motivaciones, con otras expectativas, sin necesidad de competir o compararse.

¿Qué está ocurriendo en las sociedades opulentas para que aparezcan tan

rápidamente y con tanta intensidad nuevos usos sociales en relación a la ejercitación física? En el siglo XX, después de la segunda guerra mundial, grandes masas de población en Europa y América del Norte, accedieron en apenas dos décadas a unos niveles de vida que a principios de siglo eran tan sólo accesibles a una minoría selecta. A este fenómeno social se le ha denominado la *revolución de las clases medias*.

El acceso de grandes masas de población a servicios, bienes y medios para alcanzar una vida segura y confortable puede explicar, en alguna medida, la quiebra social y cultural que se está produciendo en estos momentos, y que afecta de modo sustancial al tipo de prácticas físico-deportivas en ascendente uso, que puede funcionar como un indicador de este proceso de cambio social.

Primero, porque ha permitido la progresiva emancipación y proyección social que están protagonizando las mujeres en las últimas dos décadas. Segundo, porque se ha propiciado un espectacular incremento de la población anciana que cada vez dispone de mejores condiciones de vida y de salud. Cada año hay más viejos y más sanos y fuertes. Al aumento progresivo de la esperanza de vida hay que añadir el descenso vertiginoso de la natalidad, debido entre otras razones, a la liberación de la servidumbre femenina por seguir ligada durante buena parte de su vida a la maternidad, lo que implica para muchas de ellas, que su protagonismo social y laboral les induzca a un riguroso control de su descendencia: un hijo, dos o ninguno comienza a ser la norma; especialmente en España, el país menos natalista del mundo en estos momentos.

Ancianos y mujeres están protagonizando fundamentalmente esta fractura en los hábitos deportivos, esta diversidad en la ejercitación física, que sigue manteniendo no obstante a la salud como principal expectativa (García Ferrando, M. 2001), pero que

deriva el espíritu competitivo hacia la distracción, la compañía, el conocimiento personal, la estética corporal o el bienestar y equilibrio de cuerpo y mente.

Los paseos y trotes ligeros por la naturaleza o por los alrededores de las ciudades, las salidas hacia los entornos naturales, las excursiones en bicicleta, las sesiones de aeróbic, bailes y danzas diversas, relajaciones, bioenergías, gimnasias suaves de todo tipo dirigidas o de forma libre, saunas, masajes y un sin fin de ejercitaciones físicas que ocupan buena parte del ocio activo, están encontrando su ubicación en el mundo de hoy de la mano de mujeres y ancianos.

No se trata aún de un fenómeno mayoritario, pero las estadísticas muestran la tendencia hacia el estancamiento de las prácticas estrictamente competitivas (García Ferrando, M. 2001), de un aumento de los consumidores del espectáculo deportivo, pero no in situ, sino por la innovación tecnológica en las telecomunicaciones, y también se constata el crecimiento acelerado de estos nuevos modos de ejercitarse corporalmente.

Con la práctica deportiva se ha reforzado y revalorizado el culto a la estética corporal, a una presencia social de un cuerpo sano, ligero, ágil, flexible y adaptable a las exigencias de los requerimientos mundanos. Pero en estos momentos, también se abre paso una cultura del ejercicio físico para todos, que aparentemente no aparece socialmente como contrapeso deportivo. El cuerpo deportivo, hipermusculado o la estética de una corporeidad joven y sensual puede resultar atributo de los mejor dotados, de una minoría selecta o producto de largos periodos de entrenamiento y trabajo; pero para la inmensa mayoría se abre otro horizonte, ahora mucho más accesible: el cuerpo sano y activo portador de una estética singular que se alcanza mediante ejercitaciones físicas tan diversas que extraño resultará que cualquier persona no halle el tipo de

práctica ajustada a sus intereses y necesidades.

Dar respuesta a esta diversidad y pujanza social en los usos deportivos y en las nuevas ejercitaciones y prácticas corporales no deportivas, aunque mayoritariamente se identifiquen como deportivas (García Ferrando, M. 2001), constituye hoy uno de los retos más sugestivos para la teoría sociológica, pues lejos, muy lejos de constituir una moda pasajera, significan pautas de comportamiento que configuran un programa cultural que se inserta en las costumbres, pero también en los cuerpos de las personas.

Recuerda que

El deporte es un pasatiempo típico de los tiempos modernos, constituyendo una costumbre ampliamente difundida por todo el mundo a lo largo del siglo XX. Como tal fenómeno social puede y debe ser explicado por las ciencias sociales, pero difícilmente definido, pues no se trata de una abstracción sino de un hecho constatable empíricamente.

El vocablo deporte ha tenido históricamente y sigue teniendo muy diversos significados. En el siglo XII hacía referencia a cualquier tipo de diversión, en el XVIII pasó a denominarse de este modo aquella competición física perfectamente regulada y a comienzos del siglo XXI se denomina así a cualquier tipo de ejercitación física, sea ésta competitiva o no.

El deporte es un fenómeno social histórico, es decir, su cronología puede ser ubicada con detalle y rigor. Su aparición en Inglaterra no fue un hecho casual, sino que formaba parte de un proceso social muy complejo mediante el cual, entre los siglos XV y XVIII, se transformó el mundo conocido hasta entonces, originando lo que hoy conocemos como la modernidad.

La irrupción de la mujer en la vida social en las últimas dos décadas del siglo XX, está favoreciendo un mayor protagonismo de las mujeres en el ámbito deportivo, pero sobre todo, está ejerciendo una influencia decisiva en la emergencia social de otros modos no competitivos de ejercitación física.

Comentario de texto

El texto que se incluye de José María Cagigal es parte de un escrito titulado *Deporte y Educación*, que fue elaborado a petición de la Unesco para ser leído en la Primera Conferencia de Ministros del Deporte, que se celebró en abril de 1976.

El autor sitúa de forma concisa los dos grandes planos del fenómeno deportivo, por un lado un modo de ejercitación física cotidiana, que puede responder a múltiples casuísticas y motivaciones, a lo que denomina deporte-práctica, pues supone la directa implicación del actor deportista. Por el otro, un tipo de pasatiempo pasivo o contemplativo, en el que el protagonismo recae en los deportistas que compiten en los grandes eventos, cuyas evoluciones son seguidas por masas millonarias de espectadores, por esto lo denomina deporte-espectáculo.

Pero el deporte es ante todo una práctica social, una costumbre que a veces supone una ejercitación física competitiva, pero en otras hoy ya no es competitiva; que a menudo implica la visión o seguimiento de una competición en directo o por televisión, pero también la recreación de eventos pasados; también incluye a un tipo de ejercitación física con el afán de educar o educarse, pero en otras muchas ocasiones supone también un modo de violentarse o de llevar a cabo enfrentamientos en los que se requiere hacer gala de buenas dosis de agresividad.

El deporte es un fenómeno social poliédrico, con muchas y diferentes facetas o caras, pero que puede ser explicado desde una perspectiva global o general. Esto se ha entendido así en las ciencias sociales en el último cuarto de siglo. Existen fenómenos tan complejos y diversificados, como es el caso del deporte, que no puede ser explicado de modo simplista, por lo tanto no puede ser definido, pero si explicado.

Muchos estudiosos, entre los que se encontraba José María Cagigal, pretendieron definir un fenómeno cuyos perfiles se les escapaban constantemente, pues difícilmente entraba en el campo de sus descripciones. No es la perspectiva analítica la que puede ofrecer una visión comprensiva de este fenómeno social, pues como tal está vivo en la sociedad y por ello, sometido a los constantes cambios que protagoniza la sociedad, que en los últimos años se producen a velocidad de vértigo.

Cuestiones y ejercicios

1) Piensa en al menos tres argumentos o circunstancias históricas o sociales que puedan justificar la expansión del deporte a lo largo del siglo XX y comienzos del XXI.

2) ¿Además de las diferencias aquí mostradas entre deporte moderno y las competiciones y luchas que le precedieron, que otros rasgos distinguen a estas dos manifestaciones del comportamiento humano?

3) Reflexiona y comenta las semejanzas y diferencias que encuentres entre las frases siguientes:

- *El deporte es una consecuencia directa del desarrollo industrial de la sociedad moderna.*

- *El deporte ha surgido del mismo proceso social, económico, político y cultural que alumbró la modernidad en la Inglaterra del siglo XVIII y XIX.*

- *El deporte es a los pasatiempos, lo que la industria a la producción de bienes o el parlamento al gobierno democrático de las naciones.*

4) ¿Es posible definir el deporte? Aporta los argumentos que consideres para justificar la posición adoptada.

5) Dibuja en un mapa mudo del occidente europeo, el itinerario seguido por el vocablo deporte desde el siglo XII a la actualidad, en diferentes territorios y en sus respectivas lenguas, antiguas y actuales.

Bibliografía comentada

- **Cagigal, J.M. (1981) *¡Oh deporte! (Anatomía de un gigante)*. Valladolid, Miñón.**

Se trata del último libro que publicó en vida J.M.Cagigal un par de años antes de su trágico accidente aéreo. Desde su primer libro aparecido en 1957 (*Hombres y Deporte*), este autor siempre estuvo preocupado por mostrar el lado humano del deporte, su perspectiva humanística. Ya que a pesar de estar protagonizado básicamente por hombres (la implicación deportiva de la mujer no comienza a darse de modo notorio hasta bien entrada la década de los setenta), no siempre aflora en su protagonismo lo mejor del género humano. Desentrañar los mejores valores del acto deportivo fue siempre un objetivo claro en su obra y en su vida.

La primera parte de esta obra está dedicada a mostrar lo más humano del deporte, lo más valioso, pero también su salud o sus dolencias. Aplicando su bisturí de fina intelectualidad y gran erudición, Cagigal lleva a cabo una revisión antropológica, histórica y filosófica del fenómeno deportivo, que ningún estudiante que desee adquirir conocimiento sobre el deporte debiera ignorar.

La segunda parte muestra con una claridad sociológica envidiable algunos de los temas que son vanguardia en la sociología del deporte actual, tales como la mujer y el deporte (deporte y género), la educación del cuerpo, la imagen social del cuerpo o las relaciones humanas a través del deporte (deporte y medios de comunicación).

- **Elias,N. y Dunning,E. (1992) *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México, F.C.E.**

Esta obra recoge la más sugestiva recopilación de ensayos, conferencias e investigaciones que jalonaron la muy estrecha colaboración que mantuvieron a lo largo de casi veinte años Norbert Elias y Eric Dunning en la universidad de Leicester. La obra original se publicó en 1986, por lo que fue revisada por el gran maestro y pensador alemán Elias, quién falleció en Amsterdam dos años antes de publicarse en español.

Este libro cuenta con varias de las aportaciones sociológicas más brillantes y claras que se han escrito en torno al fenómeno deportivo, lo que le convierten en una obra esencial para comprender su auténtica naturaleza social. Como muestra, señalar tres de sus capítulos de mayor brillantez y actualidad sociológica.

En primera instancia su introducción, puesto que en tan sólo las cincuenta primeras páginas se hace gala de un alarde de creatividad, expresión e inteligencia para sintetizar de modo sumamente claro la evolución de un pasatiempo que se ha ido transformando al mismo tiempo y padeciendo los mismos avatares que la sociedad en general. Especialmente brillante es el paralelismo establecido entre la evolución del Estado moderno en Inglaterra y la emergencia del deporte contemporáneo.

El capítulo tercero dedicado a *la génesis del deporte como problema sociológico*, representa una auténtica joya no tan sólo sociológica, sino histórica y literaria, a tenor del repertorio de hechos históricos documentados que muestra, para abastecer al lector de los necesarios argumentos que testimonian que el deporte es un fenómeno histórico surgido en la modernidad.

El capítulo nueve muestra a modo de corolario, las conclusiones de una serie de investigaciones sociológicas llevadas a cabo en la universidad de Leicester, entre 1980 y 1985, que tuvieron como objeto de su estudio las expresiones de violencia surgidas en los partidos de fútbol en el Reino Unido, y que han sido desde su publicación, una referencia básica para cualquier sociólogo dedicado a estudiar el deporte.

Referencias bibliográficas

- Brohm, J.M. (1982) *Sociología política del deporte*. México, F.C.E.2
- Cagigal, J.M.^a. (1979) *Cultura intelectual y cultura física*. Buenos Aires, Kapelusz.
- Cagigal, J.M.^a. (1981) *Deporte: espectáculo y acción*. Barcelona, Salvat
- Cagigal, J.M.^a. (1981) *¡Oh deporte! (Anatomina de un gigante)*. Valladolid, Miñón.
- Diem, K. (1966) *Historia de los deportes (vol.I)*. Madrid, Caralt.
- Dunning, E. (1990) "Sociological Reflections on Sport, Violence and Civilization". *International Review for the Sociology of Sport*. Vol.25, nº 1.
- Dunning, E. y Sheard, P. (1979) *Barbarians, Gentlemen and Players*. Oxford, Martín Robertson.
- Elias, N. (1986) "Deporte y Violencia". *Materiales de sociología crítica*. Madrid, La Piqueta.
- Elias, N. (1987) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid, F.C.E.
- Elias, N. y Dunning, E. (1992) *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México, F.C.E.
- Fernández García, A. (1971) "Sport y deporte. Compuestos y derivados". *Citius, Altius, Fortius*, tomo XIII. Madrid, COE.
- García Ferrando, M. (2001) *Los españoles y el deporte: prácticas y comportamientos en la última década del siglo XX*. Madrid, C.S.D., Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- García Ferrando, M., Puig, N. y Lagardera, F., comp. (2002) *Sociología del Deporte*. Madrid. Alianza (2^a ed., actualizada y revisada).

Jeu, B. (1988) *Análisis del deporte*. Barcelona, Bellaterra.

Lagardera, F. y Lavega, P. (2003) *Introducción a la praxiología motriz*.
Barcelona, Paidotribo.

Piernavieja, M. (1966) “Depuerto, deporte. Protohistoria de una palabra”. *Citius, Altius, Fortius*, tomo VIII. Madrid, COE.

Ulmann, J. (1982) *De la Gymnastique aux Sports Modernes. Historia des doctrines de l'Education Physique*. París, Vrin (2ª de.)

Weber, M. (1985) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona, Orbis.